


# Los inquietos

LINN ULLMANN

Traducción de Ana Flecha Marco

gatopardo ediciones 

Título original: *De Urolige*

Copyright © 2015, Linn Ullmann  
All rights reserved

Esta traducción ha recibido la ayuda de  
NORLA, *Norwegian Literature Abroad*

**N**NORLA  
NORWEGIAN LITERATURE ABROAD

© de la traducción: Ana Flecha Marco, 2021  
© de esta edición: Gatopardo ediciones S.L.U., 2021  
Rambla de Catalunya, 131, 1<sup>ª</sup>-1<sup>ª</sup>  
08008 Barcelona (España)  
info@gatopardoediciones.es  
www.gatopardoediciones.es

Primera edición: octubre de 2021

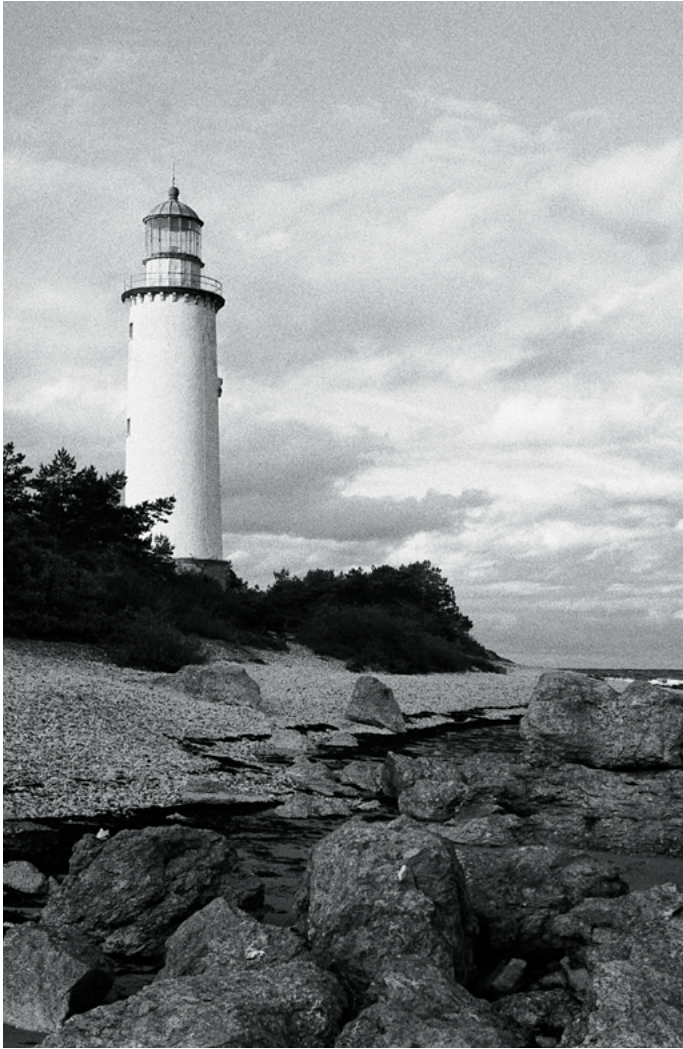
Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó  
Diseño de la imagen de portada: Anna Juvé Baldomà

Imagen de la cubierta: ©Luke Waller, «Migrants or Holiday»  
Imagen de la solapa: © Kristin Svanæs-Soot (2020)  
Imagen de interior: Isla de Fårö © Axelode (2013)

ISBN: 978-84-123021-6-5  
Depósito legal: B15542-2021  
Impresión: Reinbook serveis gràfics S.L.  
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org))  
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



Isla de Fårö, provincia de Gotland, Suecia.



*Para Hanna*



I

EL PRELUDIO DE HAMMARS  
UN MAPA DE LA ISLA

Solo podía utilizar mapas imaginarios  
o sus recuerdos de los mapas reales,  
pero eso era suficiente.

JOHN CHEEVER, «El nadador»





Ver, recordar, comprender. Todo depende de dónde te encuentres. La primera vez que vine a Hammars, apenas tenía un año y no sabía nada del amor grande y revolucionario que me había llevado hasta allí.

De hecho había tres amores.

Si existiera un telescopio que se pudiera enfocar hacia el pasado, podría haber dicho: Mira, ahí estamos, así fue como sucedió. Y cada vez que dudásemos de si lo que recuerdo es cierto o de si lo que tú recuerdas es cierto o de si lo que sucedió sucedió de verdad o de si nosotros existíamos, podríamos juntarnos y mirar.

Numero, ordeno y catalogo. Digo: Había tres amores. Ahora tengo la misma edad que tenía mi padre cuando yo nació. Cuarenta y ocho años. Mi madre tenía veintisiete. Aparentaba muchos más y a la vez parecía mucho más joven de lo que era.

No sé cuál de los tres amores llegó primero. Pero comenzaré con el que se despertó entre mi madre y mi padre en 1965 y que terminó antes de que yo tuviera la edad suficiente para recordarlo.

He visto fotos y he leído cartas y los he oído hablar del tiempo que pasaron juntos y he oído los relatos de otras personas, pero la verdad es que no se puede saber mucho de la vida de otros, especialmente de los propios padres y,

sobre todo, si los padres se han dedicado a convertir su vida en historias que desde entonces relatan con la naturalidad de no preocuparse en absoluto de lo que es cierto y de lo que no lo es.

El segundo amor es una prolongación del primero, y trata de una pareja de novios que fueron padres y de la niña que fue su hija. Amaba a mis padres sin reparo, daba por hecho su existencia como una da por hecho las estaciones o los días o las horas, eran como la noche y el día, uno acababa donde empezaba el otro, yo era hija de ella y de él, pero si tenemos en cuenta que ellos también querían ser niños, a menudo todo se complicaba un poco. Y hay una cosa más. Yo era hija de él y de ella, pero no era hija de los dos. Nunca fuimos tres. Cuando paso los montones de fotos que tengo delante en la mesa no encuentro ninguna fotografía de nosotros tres juntos. Ella y él y yo.

Esa constelación no existe.

Yo quería ser adulta lo antes posible, no me gustaba ser una niña, me daban miedo los demás niños, su ingenio, su imprevisibilidad, sus juegos, y para expiar mi propia infanti- lidad solía imaginarme que era capaz de dividirme y transformarme en muchas personas a la vez, convertirme en un ejército liliputiense, y teníamos mucha fuerza: éramos pequeños, pero éramos muchos. Me dividía y desfilaba de uno al otro, de mi padre a mi madre y de mi madre a mi padre, tenía muchos ojos y muchas orejas, muchos cuerpos delgados, muchas voces agudas y muchas coreografías.

El tercer amor. El lugar. Hammars, o Djaupadal, como se llamaba antiguamente. Era de él, no de ella, no de las demás mujeres, no de los hijos, no de los nietos. Durante un tiempo sentí que encajábamos allí, que era nuestro sitio. Si es cierto que todo el mundo tiene su sitio, y si no lo es, pero si lo fuera, ese sería el mío, en cualquier caso más mío que el nombre que me pusieron. Pasear por Hammars no me an-

gustiaba como me angustiaba pasear por mi nombre. Reconocía el olor del aire y del mar y de las rocas y cómo se doblaban los árboles al viento.

Nombrar. Dar y tomar y tener y vivir y morir con un nombre. Me habría gustado escribir un libro sin nombre. O un libro con muchos nombres. O un libro en el que todos los demás nombres fueran tan comunes que se olvidaran enseguida o que sonaran de una forma tan similar que resultara imposible distinguirlos unos de otros. Mis padres (después de mucho si y mucho pero) me dieron un nombre, pero a mí nunca me ha gustado ese nombre. No me reconozco en él. De hecho, cuando alguien pronuncia mi nombre me sobresalto como si hubiera olvidado vestirme y solamente me diera cuenta una vez en el exterior y rodeada de gente.

En otoño de 2006 sucedió algo que en retrospectiva he entendido como un eclipse, un oscurecimiento.

La astrónoma Aglaonike o Aganice de Tesalia, como también se la conoce, vivió mucho antes de que se inventara el telescopio, pero sin más ayuda que sus ojos era capaz de calcular con precisión cuándo tendrían lugar los eclipses lunares.

«Puedo atraer la luna hacia mí», decía.

Sabía adónde ir y dónde situarse. Sabía lo que sucedería y cuándo. Extendía los brazos hacia el cielo y el cielo se volvía negro.

En *Preceptos conyugales*, Plutarco advertía sobre lo que él llamaba brujas, como Aglaonike, y animaba a los recién casados a leer, aprender y mantenerse informados. Una mujer que domine la geometría, escribía, no se sentirá tentada de bailar. Una mujer leída no se deja engañar por la insensatez. Una mujer sensata y con conocimientos de astronomía se reirá con ganas si otra mujer trata de convencerla de que es capaz de atraer la luna hacia sí.

Nadie sabe con exactitud cuándo vivió Aglaonike. Lo que sí sabemos y Plutarco reconoció, por muy condescendiente que fuera su relato sobre ella, es que era capaz de predecir de manera precisa cuándo y dónde se produciría un eclipse de luna.

Yo recuerdo con precisión dónde estaba, pero carezco de la capacidad de predecir nada. Mi padre era un hombre puntual. Cuando yo era pequeña, mi padre abrió el reloj de mi abuelo, que estaba en el salón, y me enseñó sus entrañas. El péndulo. Los pesos de latón. Se exigía puntualidad a sí mismo y se la exigía a todos los demás.

En otoño de 2006 le quedaba un año escaso de vida, pero yo por entonces no lo sabía. Él tampoco. Yo lo estaba esperando de pie junto al granero de piedra caliza blanca con la puerta de color rojo óxido. El granero se había reconvertido en un cine y estaba rodeado de fincas, de muros de piedra y de algunas casas. Un poco más allá estaba el lago de Dämba, con su riquísima diversidad aviar: avetoros, grullas, garzas, zarapitos reales.

Íbamos a ver una película. Cada día que pasaba con mi padre, salvo el domingo, era un día en el que veíamos películas. Intento recordar qué película íbamos a ver ese día. Tal vez el *Orfeo* de Cocteau, con sus poderosas imágenes oníricas. No lo sé.

«Cuando hago una película —escribió Jean Cocteau— es como un sueño, y en el sueño, sueño yo. Lo único que tiene sentido son las personas y los lugares del sueño.»

He pensado una y otra vez en qué película era, pero no me viene a la memoria. Los ojos tardan minutos en acostumbrarse a la oscuridad, solía decir mi padre. Varios minutos. Por eso habíamos quedado en vernos a las tres menos diez.

Ese día no llegó hasta las tres y siete minutos, es decir, diecisiete minutos tarde.

No hubo ninguna señal. El cielo no se oscureció. El viento no sacudió las ramas de los árboles. No se levantó ninguna tormenta y las hojas no revolotearon en el aire. Un trepador azul sobrevoló los campos grises en dirección al pantano. Por lo demás, todo estaba tranquilo y nublado. Las ovejas —que en la isla se llamaban corderos, fuera cual fuera su edad— balaban un poco más allá, como habían hecho siempre. Cuando me vuelvo y miro a mi alrededor, todo está como de costumbre.

Papá era muy puntual y su puntualidad vivía en mí. Si creces en una casa junto a las vías del tren y todas las mañanas te despierta el tren que pasa a toda velocidad junto a tu ventana y sacude las paredes, la cama y la propia ventana, siempre te despertarás, aunque ya no vivas en esa casa junto a las vías, con el tren vibrando dentro de ti.

No fue el *Orfeo* de Cocteau. Tal vez fuera una película muda. Solíamos sentarnos cada uno en una butaca verde y dejar que las imágenes, no acompañadas por la música de un piano, flotaran por la enorme pantalla. Me decía que cuando desapareció el cine mudo, se perdió todo un idioma. ¿Tal vez fuera *La carreta fantasma*, de Victor Sjöström? Era su película preferida. «Para él, un solo día equivale a cien años en la Tierra. Debe deambular día y noche para atender los asuntos de su amo.» Si fuera *La carreta fantasma* lo recordaría. Lo único que recuerdo de ese día en Dämba, además del trepador azul que sobrevolaba los campos, es que mi padre llegó tarde. Me resultaba tan difícil de comprender como a los seguidores de Aglaonike que desapareciera la luna. Como a las mujeres que, según Plutarco, no sabían de astronomía y se dejaban engañar. Aglaonike dijo: «Atraigo la luna hacia mí y el cielo se queda a oscuras». Mi padre llegó diecisiete minutos tarde y todo era como siempre y nada era como antes. Atrajo la luna hacia sí y el tiempo se descoyuntó. Habíamos quedado a las tres menos diez y cuando llegó en su coche al granero eran las tres y siete. Tenía un *jeep* de color rojo. Le gustaba conducir deprisa y

hacer mucho ruido. Tenía unas gafas grandes y oscuras de murciélago. No puso ninguna excusa. No era consciente de que llegaba tarde. Vimos la película como si nada hubiera pasado. Esa fue la última vez que vimos una película juntos.

\*

Mi padre llegó a Hammars en 1965, tenía cuarenta y siete años, y decidió hacerse una casa allí. El lugar del que se había enamorado era una playa desierta de piedras, con unos cuantos pinos torcidos. Se sintió identificado con el lugar desde el principio, supo que era su sitio. Encajaba con su idea más profunda de las formas, las proporciones, los colores, la luz y los horizontes. También había algo con los sonidos. Como dijo Albert Schweitzer, en su obra en dos tomos sobre Bach, hay mucha gente que cree que ve un cuadro cuando en realidad lo está escuchando. Lo que mi padre vio y oyó ese día en la playa no hay forma de saberlo, pero allí fue donde empezó todo; bueno, no empezó en ese momento, él ya había estado en la isla cinco años antes, tal vez empezara entonces, quién sabe cuándo comienza y cuándo termina algo, pero por poner un poco de orden, digámoslo así: ahí fue donde empezó todo.

Rodaron una película en la isla, era la segunda que mi padre rodaba allí, y la que sería mi madre interpretaba uno de los dos papeles femeninos protagonistas. En la película se llamaba Elisabet. A lo largo de las diez películas que hicieron juntos, él le puso muchos nombres. Elisabet, Eva, Alma, Anna, Maria, Marianne, Jenny, Manuela (Manuela fue cuando hicieron una película juntos en Alemania), y más tarde Eva otra vez, y Marianne de nuevo.

Pero esta es la primera película que mis padres hicieron juntos y se enamoraron casi de inmediato.

Al contrario que mi madre, Elisabet es una mujer que deja de hablar. Doce minutos después de que empiece la película aparece acostada en la cama y, a causa de su inexplicable mutismo, está al cuidado de su hermana Alma. La cama está en medio de una habitación de hospital. La estancia aparece parcamente amueblada. Una ventana, una cama, una mesita. Es de noche y la hermana Alma está con ella y pone la radio, el *Concierto para violín en mi mayor* de Bach. Alma sale de la habitación y Elisabet se queda sola en la cama.

En mitad del segundo movimiento del concierto para violín, la cámara busca el rostro de Elisabet y se mantiene allí casi durante un minuto y medio. La imagen se va oscureciendo, pero lo hace tan despacio que casi no te das cuenta, hasta que está tan oscura que apenas se intuye el rostro en la pantalla, pero entonces ya lo has mirado durante tanto tiempo que está impreso en tus retinas. Es tu rostro. Solo entonces, después de un minuto y medio, ella te da la espalda, exhala y se cubre la cara con las manos.

Al principio, me fijo en la boca, en las terminaciones nerviosas de los labios y del espacio que los rodea y después, como está acostada, inclino la cabeza para ver todo su rostro. Y cuando lo hago es como si me acostara a su lado en la almohada. Es muy joven y muy guapa. Me imagino que soy mi padre y que la miro. Me imagino que soy mi madre y que me están mirando. Y aunque poco a poco oscurezca, es como si su cara brillase, ardiese, se disolviese justo frente a mis ojos.

Es un alivio cuando por fin se da la vuelta y se lleva las manos a la cara.

Las manos de mi madre son largas y frías.

\*

Una noche, mi padre se llevó a su fotógrafo a un lugar que había encontrado. Tal vez podría hacerme una casa aquí, le dijo, o algo parecido. Sí, pero espera, le respondió el fotógrafo, ven conmigo un poco más allá y te enseñaré un lugar